

SI SOLO HUBIERAMOS SABIDO

Objetivo: Ver que la única manera de servirle a Cristo es sirviendo a sus hermanos.

LA PARÁBOLA DE LAS OVEJAS Y LOS CABRITOS



“Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones; y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda. Entonces el Rey dirá a los de su derecha:

Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis en la cárcel, y vinisteis a mí. Entonces los justos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento, y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos forastero, y te recogimos, o desnudo, y te cubrimos? ¿O cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti? Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis. Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer, tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me recogisteis; estuve desnudo, y no me cubristeis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis. Entonces también ellos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, sediento, forastero, desnudo, enfermo, o en la cárcel, y no te servimos? Entonces les responderá diciendo: De cierto os digo que en cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a mí lo hicisteis. E irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna” (Mateo 25:31-46).

Las dos parábolas previas a ésta tratan especialmente de los cristianos: aquéllos quienes esperan para salir al encuentro del Esposo y aquéllos quienes, al esperar, se dedican al servicio de su Señor. Esta parábola, no obstante, envuelve a todos los hombres, porque habla de un juicio final e irrevocable para todo el mundo. Por esta razón es más que una parábola: es una predicción realista del futuro en el que todas las naciones serán traídas ante el Hijo del Hombre (vea Apocalipsis 20:12-13). Jesús mismo es el Hijo del Hombre, y según el deseo de su Padre, procederá a juzgar las naciones (vea Juan 5:22; Hechos 17:30,31). Hará la división entre ellas como el pastor separa las ovejas de los cabritos. En Palestina la obra de distinguir entre ellos no era difícil, porque las ovejas eran blancas, y los

cabritos negros. Pondrá a las ovejas a su derecha, la posición de distinción y honor (1^a Reyes 2:19; Hechos 2:33,34). A los cabritos rechazará y los pondrá a su izquierda. Entonces se anunciarán los premios. A los justos les dirá el Hijo: “Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo.” Toda su vida habían vivido de manera compasiva y con el sacrificio de sí mismos. Ahora el reino que era suyo, según el propósito eterno de Dios, les pertenecerá. Pero las mismas características que se ganarán la aprobación del Rey serán las mismas características que, por no estar en los otros, les causará su rechazo. Los de la izquierda no habrán mostrado amor y no se habrán sacrificado a sí mismos. El reino preparado para ellos no será suyo, sólo será suyo el castigo eterno preparado para el diablo y sus ángeles.

DAR A LOS DEMAS

A través de los siglos esta parábola ha sido entretrejida en las mismas fibras del cristianismo. ¡Cuántas veces el cristiano ha sido identificado con las palabras de ese pasaje! Con la persona que visita a los enfermos, da ropa al necesitado, comida al hambriento y bebida al sediento. La razón por la cual estos hechos son recordados con tanta frecuencia, es porque Jesús hizo de ellos el prototipo para determinar en el juicio final lo que prueba si un hombre es en verdad su discípulo o no. En ese último día no se preguntará cuánto a moral o ética. Pero sí se nos preguntará cuánto bien hemos hecho, la cuestión es demostrar cómo supimos expresar nuestros más profundos sentimientos por la acción positiva de dar a otros. Uno de los famosos predicadores del pasado manifestó explícitamente a su congregación que cuando las donaciones para los pobres ya no fueran suficientes, las vasijas sagradas de la iglesia serían derretidas para proveer lo que faltara. La cosa realmente importante, según Jesús, es cómo hayamos respondido a las necesidades de nuestros hermanos.

DAR EN LAS COSAS SENCILLAS

Hay un sinnúmero de lecciones en esta parábola. Jesús aquí no sólo destaca el principio de dar, sino que pone el principio al alcance de todos. En todo caso vemos que la ayuda dada era una cosa simple. Muchas veces nos preguntamos: “¿Qué puedo hacer para ayudar a otros?” Y concluimos que, por no poder dar miles de dólares para mandar a otros, entonces lo que podemos hacer es demasiado poco, y por eso no hacemos nada. Mas lo que hicieron los justos en esta parábola es lo que puede hacer cada hombre. ¡Cuán importante es un hecho de bondad inesperada, una recepción a un recién llegado a la ciudad, una palabra de invitación a un hombre que no conoce a Cristo! William Barclay refiere una historia contada por Alexander Whyte, el famoso predicador de Edimburgo. Un hombre de negocios de apellido Rigby, solía detenerse regularmente en esa ciudad. Rigby no era predicador ni cosa por el estilo, apenas si podía hablar a alguien de religión. Pero una cosa hacía: cada domingo que estaba en Edimburgo, iba a la iglesia; y todos los domingos hacía el mayor

esfuerzo para traer a alguien consigo. Un día invitó a un joven a acompañarle. El joven tercamente rehusó, pero Rigby insistió y al fin el joven aceptó. Como resultado del culto de la mañana, el joven decidió volver por la tarde. Y esa noche decidió entregarse a Cristo. Por la mañana al día siguiente, Rigby pasó por la casa de Whyte. Nunca se había encontrado con Whyte, pero por un impulso repentino decidió parar y presentarse. Rigby le contó del joven; y Whyte se puso contento al oírlo porque había pensado que su sermón de la noche anterior había sido aburrido, “¿Cómo dijo que se llamaba?” preguntó Whyte. “Rigby,” dijo el hombre. “Hombre,” dijo Whyte, “Ud. es a quién he buscado por años.” Entonces dio la vuelta y volvió a su estudio y salió con un paquete de cartas. Todas las cartas eran iguales, pues contaban cómo un hombre llamado Rigby los había invitado a la iglesia, y cómo sus vidas enteras habían cambiado. Whyte contó a Rigby que doce de las cartas eran de hombres jóvenes, y cuatro de aquéllos ya habían entrado al ministerio. Lo que Rigby había hecho, no era en sí extraordinario, pero con la bendición de Dios sus esfuerzos habían traído mucho fruto.

DAR SIN RECOMPENSA

Notamos en esta parábola también que aquéllos que habían hecho tantas buenas obras no se daban cuenta de su bondad. Habían ejecutado sus acciones de amor y misericordia sin hacerse rogar. Su bondad había sido espontánea. Y fueron grandemente sorprendidos al final cuando el Rey los premió tan ricamente. Esta es la manera cómo siempre debe ser nuestro dar, sin esperar que se nos pida y que nos den alabanza. Jesús constantemente destacaba este punto. Había fariseos que daban para gloria de sí mismos. Practicaban su piedad para ser vistos por los hombres (Mateo 6:1). Por eso Jesús declaró que ya tenían toda la recompensa que merecían. El verbo griego aquí es *apecho*. En los tiempos del Nuevo Testamento era un término bien conocido. Era la palabra ordinaria que se ponía en un recibo para indicar que una deuda se había cancelado por completo.² Por eso Jesús dice que los que dan para honrarse a sí mismos reciben su pago completo con la alabanza humana. No logran otra recompensa.

Nuestro dar hoy en día tiene que ser de tal modo que la mano izquierda no sepa lo que haga la mano derecha (Mateo 6:3). Este dicho de Jesús puede ser mal entendido. No enseña el dar en secreto, como si tuviéramos que poner nuestras ofrendas de manera que nadie nos vea. Que la mano derecha dé sin saberlo la izquierda, se refiere a nuestros motivos para dar. Es decir, la mano derecha debe dar modestamente, con tan poco deseo de recibir el crédito, que la mano izquierda ni se da cuenta de lo que está haciendo. Hay un bello cuento de un santo viejo a quién se le ofrecía cualquier cosa que deseara ya que había hecho tantas buenas obras. Lo único que pidió fue que se le concediera la habilidad de hacer el bien sin saber que estaba haciendo el bien. Y entonces ocurrió que dondequiera

que llegaba su sombra, ésta esparcía bendiciones tras él. Los justos de la parábola habían hecho el bien, pero casi ni siquiera se acordaban de ello.

DAR A CRISTO

Pero la cosa más maravillosa de esta parábola es que la gente que daba tan generosamente no sabía que en realidad estaban dando a Cristo. Dijeron: “¿Señor, cuándo te vimos hambriento o sediento o desnudo? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel? Al hacer esas obras, de dar de comer a ese hombre que moría de hambre, al acoger a ese desconocido, al cuidar a ese enfermo durante la noche, no sabíamos que eras tú.” “En cuanto,” dijo Jesús, “que lo hicieron al menor de mis hermanos, lo hicieron a mí.” ¡Qué revelación más sorprendente les era aprender que en verdad habían servido a Cristo!

Esta parábola propone una situación que cada persona necesita contemplar: “Suponga que Cristo estuviera hoy día en la tierra. ¿Cuál sería mi actitud para con él? ¿Cuánto me preocuparía por él? ¿Qué trato le daría?” Estaríamos dispuestos a contestar, siendo muy complacientes para con nosotros mismos, que nos interesaríamos mucho por él. No nos descuidaríamos de él. Ciertamente no le maltrataríamos. Pero, por supuesto, Cristo no está aquí hoy en día en la carne. Sin embargo, y éste es un asunto que a menudo olvidamos, sus hermanos están aquí, y todo lo que hagamos por ellos, lo hacemos por él. Podemos pensarlo así. Dios, el Todopoderoso, no necesita de ninguno de nosotros. Por ser Dios, nada necesita, nada le podemos dar, ya que todo lo tiene. Empero Dios también es padre, y todos los hombres sus hijos. Y al Dios a quien en cierto sentido nada le podemos dar, en otro sentido todo se lo podemos dar cuando ayudamos y amamos a sus hijos. La única manera en que podemos hacer algo para Dios es al hacer algo para sus hijos.

Por otro lado, ¿cuál será su actitud para con nosotros si no ayudamos a sus hijos? Claramente, si fracasamos con ellos, fracasamos con él. Esto era lo que los rechazados no podían entender. Dicen: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento o enfermo o en la cárcel? ¿Cuándo te vimos en la calle mendigando? ¡Si hubiéramos sabido que estabas tú en dificultades, te hubiéramos ayudado!” Nosotros somos iguales. Somos muy selectivos al dar. No nos molesta ayudar a un amigo querido o a un socio o a un hermano bien conocido, a alguien que sea socialmente igual a nosotros, y que por alguna coincidencia haya sido alcanzado por la desgracia. Tal vez no nos moleste dar de comer de vez en cuando a un mendigo que parezca ser honrado. Pero estar dispuestos a ayudar a todos, de tratar a cada persona con la misma preocupación y respeto que tendríamos para el Señor mismo, es algo que todavía no hemos practicado en nuestras vidas.

Es triste pensar que haya habido un tiempo en la historia del mundo cuando los hombres rechazaron a Cristo. Nos es difícil creer que tal rechazo haya ocurrido. Si tan solamente le hubiéramos visto mientras andaba por las calles de Palestina, si hubiéramos oído esas palabras de exhortación suave al lado del Mar de Galilea, si hubiéramos sido testigos de sus señales y hubiéramos visto su gloria, si hubiéramos vivido en su tiempo y en su país, no, no le hubiéramos negado ni rechazado, ¡no lo hubiéramos llevado a la cruz! Pero no ayuda el decir lo que habríamos hecho si hubiéramos estado allí. Jesús vino a los hombres de aquel tiempo, pero aún viene hoy, a su ciudad y a la mía. ¿Cómo le tratamos? El Señor G.A. Studdert-Kennedy de Birminham, Inglaterra, escribió el siguiente poema:

Vino al Gólgota Jesús
Y en un árbol lo colgaron.
Así en el Calvario quedó
Con sus manos y sus pies
por clavos atravesados.

Una corona de espinas
A sus sienes le ciñeron
Causando profundas heridas
Que su sangre derramaba.

Eran esos crueles días
Cuando la vida poco valía.
Cuando vino a Birminham
Simplemente lo ignoraron.
No le tocaron ni un pelo
Solo a morir lo dejaron.

Porque son los hombres hoy,
Más tiernos y delicados
No le causaron dolor
Simplemente lo ignoraron.

Y la lluvia triste y fría
Todo su cuerpo atería
Jesús todavía pedía:
"Señor, perdónalos, porque
No saben lo que hacen".

La gente vino y se fue
Mas ninguno lo miró
Jesús en su gran pesar,

Por el Calvario lloró.

Y en el último día el lamento de muchos, será el lamento expresado en la parábola: “Señor, no sabíamos que eras tú.”

NOTAS

- 1- William Barclay, And Jesus Said: A Handbook on the Parables of Jesus, p. 121.
- 2- Vea Arndt-Gingrich, A Greek English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature, p. 84.

PREGUNTAS

1. ¿En qué sentido es esto un dibujo del juicio y no una parábola? ¿En qué sentido es una parábola?
2. ¿Cuál es la lección principal de la narración?
3. Jesús aquí nos enseña la importancia de las cosas chiquitas.
¿Cuáles otras escrituras enseñan la misma lección? ¿Por qué son tan importantes las cosas chiquitas?
4. ¿Qué cualidad posee Cristo que le permite ser identificado con la persona necesitada?